

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Viernes 13 de Septiembre de 1907

Núm. 323

Actitud aplaudida

Maura, que jamás demostró su sensatez en nada, ahora adopta una actitud que bien pudiera crearle las simpatías que necesita para continuar gobernando. El político de cabeza hueca, habiendo pasado a sentir nacional, conoce hoy cuales son los pensamientos populares en el asunto de Marruecos, oponiéndose con todas sus fuerzas—

En esa actitud francamente simpática, como no podía menos de ocurrir, le acompaña buena parte de la nación, que observa en él un gran deseo de no meter a España en empresas peligrosas, de las que suelen costar caras a los países que toman parte en ellas. Hasta aquí, que no hizo nada provechoso, la animación general le acompaña de manera inseparable; mas hoy, en que lo conveniente triunfa de la ambición, Maura lleva con el nuestro respetuoso asentimiento a su proceder, dándole ánimos para continuar con este reza en la actitud en que se encuentra. La obra que realiza, como no es de partidos, como no es personal, como no es de exhibiciones, sino que se fundamenta por el contrario en el interés y en la conveniencia nacionales, forzosamente tiene que resultar simpática y lograr los aplausos sinceros que merece, como está ocurriendo.

Peró como no hay alegría duradera en casa del pobre, la buena obra que realiza Maura, por los deseos belicosos del general Primo de Rivera, puede costar una escisión en el gabinete, produciéndose una crisis. Los rumores que circulan, basados en hechos indubitables, permiten asegurarlo de manera terminante, aunque los ministros, por no variar, afirman la perfecta inteligencia de todos en el asunto marroquí. Pero esa crisis, aun en el caso de producirse, debe satisfacer más a Maura que una retirada frente a la oposición, dejando que el Ministro de la Guerra se salga con la suya; porque esa crisis, en lugar de debilitar el Ministerio, lo robustecería, conociéndose de hecho la opinión que sustenta en el problema que se ventila en los actuales momentos.

Mientras el presidente del Consejo continúe en el mismo sitio donde está hoy, sin distinción de clases se le aplaudirá, porque ante las cosas que beneficinan al país los intereses de partido deben callar; pero si contra lo justo y lógico cambiara por temor a la crisis, habría razón para llamarle lo que tolvía nadie se ha atrevido a decirle. Antes que ceder en el asunto marroquí, aplaudido por todos, deben caer cuarenta ministros, porque estos son fáciles de sustituir y no muy fácil de aliviar un descalabro, si por desgracia lo experimentásemos. Maura, continuando firme en su opinión, merecerá que se olviden buena parte de sus desaciertos y que no se recuerde con mucha amargura su época de mando.

PLUMAZOS

Acometividad francesa

Para los franceses fué siempre tarea bien fácil la de arrogarse derechos que nadie le otorgara sobre cualquier cosa. Razonablemente, como cabe a su lógica altruista, piensan que lo que está bien ó mal puesto no es tan invariable que pueda permanecer ajeno a toda tentación, y razonablemente también se alzan en seguida pregonando sus derechos seculares sobre el objeto tentador. El derecho de todos, que es para los reyes de la civilización lo que la lógica en una pretensión carente de ella, les importa tanto como un camino. Lógica por lógica, al fin y al cabo como buenos meridionales, prefieren la que menos apasta a justiciáramos,

por lo mismo que en su calidad de gentes poderosas les puede reportar mayores y más grandes provechos.

La exteriorización de esa admirable manera de pensar les trae aparejados ahora bastantes disgustos por lo que respecta a Marruecos. La imposibilidad de juzgar la cuestión de manera menos placerosa que lo hicieron hasta aquí, les sirvió para formarse una idea hasta equivocada de lo que era en sí el enreusado problema y ahora sufren las consecuencias de ello. El regocijo que la actitud levantada de los marroquíes les produjera en un principio se trunca al presente en motivo de inquietud y de alarma. Ya no es la ocasión para despertar las glorias francesas del tiempo de los Bonapartes y para ganar grados rápidamente lo que ven en la inquina indígena, sino lo que otros más conocedores del carácter de nuestros vecinos de ultra el Estrecho y sobre todo, menos soñadores que los franceses hubieran visto en seguida; esto es, un caso bastante, demasiado grave para empeñarlos más con ilusiones tontas y desplantas de brabucones de teatro.

Los derechos imaginarios en que se fundan para provocar la absurda intervención armada en el imperio mogrebino vienen á tierra asimismo por otra casualidad por demás esperada de todos. España, con quien contaron para la ocupación de los ocho puertos mogrebinos abiertos al comercio europeo, se ha negado rotundamente á colaborar en la absurda empresa y se muestra decidida á no dar su equiescencia para el intento de ella. Lo acordado en la conferencia de Algeciras, demasiado claramente redactado para que lo esencial de ello pueda traducirse de diversas maneras, no admite tan hondas alteraciones en la acción europea en Marruecos como las que se dispone á llevar á cabo Francia; y España, por respeto á lo acordado y por prudencia bastante explicable, no puede admitir la anulación de la parte principal del tratado. Francia, por lo tanto, se quedará con las ganas de ocupación y con la ilusión de sus derechos escarnecidos.

Lo que tienen muy bien merecido.

NAZARIN.

COSAS DE LA TIERRA

Compendas absurdas

A pesar de estar acostumbrados á las cosas de Murcia, nos sorprenden de vez en vez algunos silencios inexplicables, que dicen con elocuencia incontestable lo que seguramente no dirían cuarenta discursos hermosísimos.

Hace poco tiempo, por denuncias que afectaban á algún conservador, se sacó á relucir el famoso pleito del Soto del Río, habiéndose de exigencia de responsabilidades personales; y poco después, cuando las compendias cambiaron las lanzas en cañas, el más absoluto silencio reemplazó á la acometividad de antes, olvidándose la capital importancia del asunto disculido.

Las causas que han motivado ese olvido, aún sospechándose, no son conocidas de los habitantes de la capital, y como ahora parece que el exímio D. Jerónimo quiere abonar por cuenta del Municipio las cantidades que resultan en contra de los promovedores y mantenedores del pleito, sería conveniente saberlo, porque es injusto, completamente injusto que pague el pueblo lo que se hizo por gusto de dos particulares y se mantuvo por soberbia de un alcalde, que debiendo saber de leyes por su profesión, olvidó los más rudimentarios principios de Derecho.

El pleito del Soto del Río, por lo mismo que se promovió sin la aquiescencia del Ayuntamiento, no debe costar un solo maravedí á la caja municipal, que no tiene por qué ni para qué abonar lo que otras personas están llamadas á pagar.

El abuso elevado á la categoría de justicia, por muy conservador que sea el alcalde y por muy ministro que resulte el señor Lacierva, no se llevará á cabo sin la protesta general, que en este caso dirá claramente en el concepto en que se tiene á cada cual. Murcia, que cuando se cometió el hecho ocasionador del pleito hubo de protestar, en esta ocasión sabrá también cumplir como debe, porque es monstruoso que las ineptitudes é incapacidades de los menos sean pagadas por los más, sin meterse estos en nada.

En época oportuna señalamos quienes eran los verdaderos responsables de lo ocurrido y las causas que les obligaban á responder personalmente de lo ejecutado; y

como en aquella ocasión, por la resonancia del asunto, se leyeron mucho nuestros trabajos, no insistimos hoy, limitándonos á recordar á quienes tienen obligación de saberlo, que el Ayuntamiento, como no tomó parte en el descabelladonogocio, no tiene por qué abonar nada para resolver el pleito.

Si D. Jerónimo, por complacer á elevadas personalidades, quisiera pagar por cuenta del Municipio—como se dice—lo que resulta en contra de ciertas personas, cometería una injusticia notoria, imposible de tolerar, porque por encima de los intereses de partido están los del pueblo, que no se pueden dejar atropellar.

Nadie que medianamente piense las cosas puede mirar con buenos ojos esas compendias que costarán al Municipio unos cuantos miles de duros; y como no se pueden mirar con buenos ojos, pese á todas las recomendaciones, las cosas se dirán por su verdadero nombre y cada cual recogerá el premio merecido á su trabajo, proclamándose quienes son esos regenerados que intentan lesionar los intereses del Municipio.

Si los rumores adquieren visos de certeza, nosotros diremos algunas verdades que no agradarán á todo el mundo.

El alto de los bohemios

La lámpara esparce sus ténues fulgores; y ágil y nerviosa, tu pálida mano, un canto, que evoca remotos amores, despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda á la aurora; surgen los preludios de la serenata; vuelan hojas secas, y una fuente llora, monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lebreles; á fiesta convoca la alegre campana; y entre panderetas y entre cascabeles se acercan las músicas de una caravana.

¡Ajustos bohemios, reyes andrajosos que cruzais del mundo los vastos confines, siempre pensativos, tristes y ojerosos, sollozando amores en vuestros violines,

parad un instante bajo mi ventana y con vuestros cantos calmad mi amargura!... ¡Que quiero mostrarte mi mano, gitana, para que me digas la buenaventura!

¡Adios para siempre, rostros macilentos, barbas desgreñadas, ojos asesinos! ¡Vuestro último canto se llevan los vientos con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina que hoy gimes amores bajo mi ventana, dime, eco ligero, fugaz golondrina, ¿bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas, inquieta y hábil tañedora de un arpa que vibra doliente á mi reja? ¡Hay algo en mi alma que suspira y llora, y que con el eco de tu voz se aleja!

Cabellos de oro, perfil vacilante, labios enfermizos; grandes ojos claros donde mi esperanza contemplé un instante... ¿junto á qué camino volveré á encontraros?

La música errante se va lentamente como los rumores de una serenata; y solo se escucha la voz de la fuente, que muere en un hilo de trémula plata.

FRANCISCO VILLARRESPA.

Información especial

Manjares con sorpresa

La célebre muchacha que en un pastel fué servida en un banquete, en compañía de una bandada de pájaros, y de cuyo hecho nos hemos enterado por el ruidoso procesado Thaw, no es el único ser humano que en banquetes ha sido servido como postre original.

La idea que no tiene nada de original, sin embargo, es bastante antigua.

En un banquete con que el espléndido duque de Buckingham obsequiaba á su desgraciado soberano Carlos I, sirvieron un inmenso pastel, que al tratar de ser cortado por la reina, se desmoronó y apareció dentro el enano Hudron, bufón del duque, haciendo profundas reverencias á los augustos invitados.

Otro enano, un tal Richebourg, fué presentado en igual forma en un festival dado por un aristócrata francés. A una señal convenida, el pigmeo rompió su azucarada envoltura, saltó de la bandeja y, recorrien-

do la mesa, fué sacando de una elegante caja de plata joyas y objetos de arte, que presentaba reverencioso á los comensales.

En 1783, Momier de Parles dió en París un suntuoso banquete, del que se habló mucho y largo en la capital de Francia.

Los invitados eran doce bailarinas de la Opera con sus respectivos admiradores.

El centro de la mesa lo ocupaba un colosal frutero, en el que descansaba inmensa pirámide, formada con toda clase de frutas.

Al tocarla el anfitrión con una varita dorada, rodaron las frutas por el suelo, y en el centro aparecieron tres hermosas jóvenes vestidas con vaporosa túnica, con el disfraz de Hebe, y al momento se pusieron á las órdenes de las invitadas á quienes sirvieron durante la comida.

Al mismo tiempo hacían su aparición tres jóvenes vestidos de Ganimedes que hicieron de camareros de los hombres.

No hace aún seis años que una acaudalada condesa francesa, tuvo la idea original de presentar en medio de un enorme ramillete que adornaba el centro de la mesa, á una linda muchacha, Margarita Deval, que á medida que iban entrando los criados con los diferentes manjares, anunciaba en alta voz el nombre del plato y su condimento. El nuevo menú tuvo después sus imitaciones.

Un ramo de flores sirvió también para encerrar á la actual reina Guillermina de Holanda, presente de la reina Emma, á su esposo el día del cumpleaños de Guillermo III.

También en la capital de Italia se celebró hace algún tiempo un festin, en el que la mesa estaba decorada con seis monumentales tartas, de las cuales salían melódiosos acordes mientras comían los invitados. Al servirse el café se abrieron los pasteles, y de cada uno de ellos salió una bella artista; reunidas todas en el centro de la mesa, continuaron en armonioso sexteto mientras complacidos y asombrados apuraban las copas del licor los amigos del rico romano.

Para terminar, diremos que en 1853 un banquero vienés invitó á comer á varios de sus íntimos, y al llegar la hora de la comida el mayordomo suplicó á los presentes dispensaran la ausencia del señor, rogándoles se sentaran á la mesa y comenzaran la comida, pues así había recibido las órdenes. Así lo hicieron, y cuando ya tocaba a su fin el banquete, oyeron castidos de fiera que salían de un gran castillo de guirliche que en la mesa había.

El susto fué grande y llegó á su colmo al ver que el postre, dando fuertes sacudidas se despedazaba y salía de su interior un tigre que empezó á recorrer la mesa, tirando copas, rompiendo botellas y haciendo emprender la fuga á los aterrizados comensales que al enco trarse con las puertas cerradas con llave, hicieron de lo que á mano hallaron armas ofensivas, y hubiera la fiesta terminada tristemente si la fiera lanzando una carcajada no se hubiera despedido de su animal disfraz, que no ocultaba á otro sino al bromista anfitrión.

Ya ven los yanquis que por esta vez tampoco han sido los primeros.

X.

En la Colonia San Fulgencio

Los Reyes en el bosque

Las sombras de la noche se han evaporado; las aves madrugadoras anuncian el nuevo día; el sol muestra su cara de rojo soñoliento, enviando á la tierra sus vivificadores rayos; las gotas de rocío que pendían como perlas de las plantas, se evaporan al saludo de la brisa que ilumina el Astro Rey; al silencio de la noche, reemplaza el bullicio y actividad del día.

Los niños caminan contentos como siempre, hacia el bosque frondoso que los espera con el arrullo monótono de sus áuras impregnadas de matices; sus cantos y gritos expansivos, se pierden entre el eco del susurro que un arroyo les ofrece corriendo suavemente, ocultándose á veces entre la verde y enlazada hierba.

Ya han llegado al sitio favorito que muchos días eligen para sus juegos, y hacen alto entregándose cada cual á sus respectivas diversiones, formando pintorescos grupos. En sus juegos se alejan internándose en lo más espeso del pinar frondoso.

De pronto un griterío inmenso, de jubilo delirante; grito exhalado del alma de los

pequeños colonos, atruena el espacio de un modo ensordecedor; de un modo que repercute sin cesar en los barrancos vecinos...

A su vista se ha presentado un cuadro, de esos con que constantemente sueña la imaginación infantil; de esos cuadros que son su delirio; su pensamiento constante, su única ilusión.

Pendientes de los pinos, y mecidiéndose á impulsos del suave céfiro, se ven infinidad de juguetes caprichosos y variadas, que parecen llamarlos con ese lenguaje mudo que tan bien saben comprender los niños.

Con la rapidez del rayo, la avalancha de pequeños hombres y mujeres se precipita sobre ellos, arrancándolos de las ramas en que yacen suspendidos; abrazándolos; estrechándolos contra sus pechos, ébrios de un gozo que raya en locura...

—¿Quién ha preparado esa grata sorpresa á estas angélicas criaturas, que pagan con cariño inmenso el bien que se les tributa día por día?

Un hombre generoso; de alma grande; de corazón noble y entusiasta de la obra que la santa Caridad practica con los niños desamparados, ha enviado en secreto á los directores de la Colonia, una gran caja de juguetes, entre los que hay hermosas muñecas de distintos tamaños; galeras, carros, toros, caballos, burros, tartanas, sables.

Este hombre generoso, es D. Ricardo Blazquez, dueño del Bazar Murciano de Murcia y Cartagena; entusiasta de este pueblo y admirador de sus obras, ha tenido ese rasgo generoso para la colonia, que le agradecerá eternamente su recuerdo, siendo un lazo mas que una á estos dos pueblos hermanos y unidos con vinculos de alianza.

Yo, aunque ofenda la modestia del señor Blazquez, guiado por el espíritu de Justicia y el deber del agradecimiento, no puedo dejar de enviarle desde las columnas de EL DEMOCRATA, un voto de gracias en nombre de la Comisión protectora de las colonias; del pueblo de Cartagena; y de cuántos han patrocinado esa obra, que es de las más trascendentales que puede llevar cabo un pueblo culto y amante del progreso y bienestar de sus hijos.

EDUARDO PÉREZ.

13-Septiembre-1907.

CUENTO

BONAPARTE EN SAN MINIATO

Luego de haber ocupado á Livornia y de cerrar este puerto á los barcos ingleses, el general Bonaparte visitó en Florencia á Fernando, gran duque de Toscana, que, único entre todos los principes de Europa, había cumplido de buena fé sus compromisos con la República. En testimonio de estima y de confianza vino sin escolta, con su Estado Mayor. Se le enseñó las armas de los Bonapartes esculpidas sobre la puerta de una casa antigua. Sabía que una rama de su familia había en otro tiempo fructificado en Florencia y que de ella quedaba un vástago. Era un canónigo de San Miniato, con ochenta años de edad. A pesar de sus muchas preocupaciones y urgencias se había propuesto visitarle. Los sentimientos naturales estaban muy despiertos en Napoleón Bonaparte.

La víspera de su partida, por la tarde, fué con algunos de sus jefes á San Miniato, cuyo colina, coronada de torres y murallas, se yergue á una media legua al sur de Florencia.

El viejo canónigo, Bonaparte acogió con noble cordialidad á su joven pariente y á los franceses que le acompañaban.

Eran éstos Berthier, Junot, el ordenador en jefe Chuavet y el teniente Thézard. Los ofreció una comida á la italiana, en la que no faltaron ni las grullas de Peretola ni el lechoncillo perfumado de aromas y especias, ni los mejores vinos de Toscana, de Nápoles y de Sicilia. El mismo bebió á la salud de las armas. Republicanos como Bruto bebieron por la patria y por la libertad. Su huésped les dió la razón. Luego, volviéndose hacia el general, que había colocado á su diestra.

—Sobrino—le dijo—¿no sientes curiosidad de conocer el árbol genealógico?